

CUENTO N°295

TÍTULO: SARANGI

SEUDÓNIMO: CRUZ DEL SUR

SARANGI

Seudónimo CRUZ DEL SUR

Todos los días y a la misma hora don Celestino despertaba, apagaba la con la misma mano la alarma de aquel reloj que se detiene presionando un botón de la parte superior. Él con la mano derecha detenía la alarma y pisaba con el pie derecho al bajar de la cama. Ocho pasos exactos hacia el baño, hacía el mismo ritual para su higiene y realizaba aquel gesto medio acrobático para dejar el cepillo dental vuelto hacia arriba. La partidura del cabello hecha con regla: tres centímetros, ni más ni menos, luego se saludaba frente al espejo y tras el rito del baño venía el rito del desayuno, su té con leche, con galletas de agua y sus dos y tal vez únicos amigos y confidentes del barrio: “Chocolate” y “Tiramisú”, unos gatos que no eran de nadie y eran de todos, pero todos los días estaban en su ventana esperándolo. Los nombres se los había puesto Celestino para darles un poco de calidez y realce a sus tristes apariencias.

Cuando daban las once de la mañana bajaba y recorría aquel barrio pintoresco y tranquilo dentro de la urbe. Pequeños emporios y coloridos cafés y su respectiva capilla como sacados de una postal de su España natal, este lugar para Celestino era como un edén, nunca pasaba nada fuera de lo común, siendo que a pocas cuadras se producía verdaderas batallas, bocinazos, gritos y otras situaciones en contra de la convivencia. Este barrio comenzó a hacerse significativo aquella vez que escuchó la música de un sarangi que le traía todas las nostalgias de días pasados. La música provenía del negocio del Hindú Kiram.

Celestino a partir de ese día incorporó a su rutina, como todo en su vida, la visita al emporio que administraba este hombre de los ojos aceitunados.

Las historias que Kiram contaba sobre su Nueva Delhi sin parar, mientras atendía a los clientes. Tenían como auditor a Celestino que se sentaba en un banquillo bajo un jacarandá y lo escuchaba como si oyese un radioteatro en una radio AM, porque Kiram

hablaba sin importar la distancia que se encontrara de Celestino y en muchas partes de la narración la voz casi desaparecía igual que los programas de radios AM.

El nombre Kiram que en hindú significa “rayo de sol” calzo perfecto en la vida de Celestino y por eso, día a día tras nuevamente apagaba el despertador a las ocho, pisar con el mismo pie, luego los dar ocho pasos hasta el baño, su ritual de higiene, partidura hecha con regla, desayuno junto a “Chocolate” y “Tiramisú”, y a las once junto a Kiram escuchaban el sarangi de música de la India y las historias de una ciudad tan lejana como Nueva Delhi.

La misma rutina nunca le perturbó a Celestino, todo lo contrario, si algo cambiaba se sentía totalmente acongojado y hasta su carácter se alteraba, por eso tras dejar a Kiram como era su costumbre, siempre a la misma hora con paso cansino por las mismas calles que lo llevaban a su casa. Fue grande su sorpresa al no sufrir ninguna alteración de su carácter al ver que caminaba por una calle que nunca había tomado de regreso a su casa. La calle cada vez más iluminada como si toda la luz se concentrara en un horario que no correspondía. Tras avanzar comenzó a escuchar la música del sarangi de Kiram. ¡Pero él iba en dirección opuesta!

Era celestial, un deleite, golondrinas volaban sobre su cabeza locas de felicidad y la figura destellante de Asunción. Era tal el júbilo que no podía dejar de sonreír. Asunción vestida completamente de pétalos de rosas y le abría sus brazos como la eternidad. La volvía a ver después de aquel momento en que no se atrevió a confesarle su amor aquel año tan lejano de 1939 en que sus padres lo trajeron en un barco llamado Winnipeg a la edad de 13 años, justo una semana después de no haber podido decirle a Asunción cuanto la amaba. Ahora no era radio teatro, era la película más hermosa que había visto ¡Y él era protagonista! Nunca había vivido algo así. Algo tan espontaneo sin planificación, algo tan prohibido en su vida que nadie lo comprendió, que hoy se dio en llamar TOC (trastorno obsesivo compulsivo) Celestino creció entre harina fresca y el calor de los hornos donde salía el pan caliente y apetitoso de la pequeña panadería “El molinillo”. Al revés de creer que lo que su hijo tenía fuera un síndrome, sus padres pensaban que su niño era un

modelo y eso se repetía en la escuela.

Mientras Celestino vivía y rompía el esquema de su vida y se juntaba con su Asunción bailando al compás del sarangi y las golondrinas cantando y revoloteando al mismo tiempo, en la pequeña capilla del barrio se encontraban tres viejitas rezando el “Dios te salve Reina y madre” y los dos gatos “Chocolate” y “Tiramisú” esperaban al sol fuera de la capilla a su amigo.

Entré a la capilla porque me llamó la atención la música que salía de allí. ¡Si! Aquel instrumento no era un órgano de iglesia ¡era un sarangi! Lo más curioso es que no eran hindúes los que allí estaban, excepto un tipo de ojos aceitunados parado frente a un retrato de un hombre mayor que decía: QEPD Celestino Fernández Piedelobo.